

LA CASA DE ELLOS

Mi vida es como un filete de ternera: aburrida, previsible y sobrevalorada.

Tengo un trabajo, y no es malo, y podría vivir por mi cuenta, quizás hasta tener otra vida, pero una serie de accidentes consecutivos consiguieron que me quedara aquí, en la casa de mis padres.

Y hoy es uno de esos días en que lo lamento.

Mis padres están de viaje y he invitado a unos compañeros a cenar. Otras veces hemos cenado en casa de alguno de ellos, pero yo no traería a nadie aquí estando mis padres —no me parece cómodo, ¿qué hago, los encierro en su habitación?—, así que tuve que esperar hasta hoy.

Y ahora que tengo que recibirlos es cuando más claro siento que no es mi casa. Está llena de cosas que son la pequeña historia de otros. La primera sensación es que está llena. Casi no hay espacio en las paredes para un solo cuadro más pero aún ha podido colgarse el último regalo de una amiga que

pinta o un plato de recuerdo de un viaje de alguien. Encima de cada mesa, de cada repisa, se amontonan pequeñas figuritas, una colección de cajas de las más variadas procedencias, verdaderas bellezas junto a horteradas del todo a cien, fino cristal de Bohemia al lado de Arcoroc, en los estantes libros que no he elegido ni leído...

Y aquí estoy, después de cocinar una buena cena y correr todo el día guardando cosas que no soporto, pequeñas cosas que me avergüenzan, de quitarles las fundas a los sillones y los trapos a las alfombras, de preparar a mi aire la mesa y todo el comedor, abriendo la puerta de casa a mis invitados.

Se han movido las cortinas, no sé por qué me preocupo, he quitado de detrás la escalera que se convirtió hace años en una estantería provisional para bolsas de plástico con inutilidades varias, así que no hay problema.

Todo va muy bien, la cena les está gustando mucho, pero hace calor. Separo las cortinas para abrir la ventana, y al sentarme lo veo: ¡maldita sea!, el viejo sacudidor de alfombras está ahí, y vuelve toda la vergüenza, ese sacudidor que... no servía sólo para las alfombras.

Voy a buscar el postre. Nadie ve el sacudidor. Estoy temblando tanto que tengo que dejar que alguien sirva por mí.

La cena es demasiado pesada. Debí poner la otra vajilla. La paleta no es la de las tartas, es la de servir pescado.

MANOS BLANCAS DE APRETAR TAN FUERTE

Pequeñas historias de terror y algunas de cómo perdí el miedo —o aprendí a tenerlo—.

Tengo las manos blancas de apretar tan fuerte. No me extraña que no pudiera quitármelo. No eran sólo mi fuerza y mi rabia. Era la mía, la de mi madre, la de mis hermanas, la de todas, la de todos los días.

Nunca hubiera pensado que yo pudiera hacerlo. Que pudiera pasar, alguna vez. Podía imaginarlo de María. Ella es la fuerte y más impulsiva. Yo siempre he sido la más fría. Aunque quizás para esto hacía falta frío, mucho frío. Como el que yo siento. Como si todo se hubiese oxidado dentro, en combustión fría, sin arder, y ya no hubiese nada. Ahora ya no hay dolor, sólo rabia fría.

No sé cómo lo he cogido. Sólo sé que lo he sentido caliente. Ahora las oigo decir que mi mirada daba miedo. Pero lo supe antes. Lo vi en la de él. Dejó de moverse, dejó de intentar arrebatármelo, y había pánico en sus ojos. Olí su miedo, como los animales. Y

me gustó la sensación. Ya no volveríamos a sentirlo nosotras. Él ya no era más el fuerte. Ni le empujé. Le dije que se fuera: “Vete. Sal de esta casa”. Y me acerqué al cajón. Y lo encontré sin saber lo que buscaba. Había vuelto a pegar a mi madre. Como casi siempre que venía borracho. Como casi todos los días últimamente.

¡Le había querido tanto! Era un buen hombre. Un padre estupendo. Un buen marido. No sé cuándo empezó a cambiar. Recuerdo el primer día que le vi soltarle un bofetón a mi madre, pero no puedo recordar el tiempo intermedio. Porque tuvo que haberlo, pero no sé si no me di cuenta o no quise verlo. ¡Papá, no! Pero aquel bofetón y los siguientes tuvieron la virtud de abrir del todo mis ojos. Y me dolieron tanto que aún puedo notar arder mi cara. Supongo que mi mundo se divide en hasta y desde aquellos golpes, y el momento eterno en que su mano fuerte —yo siempre había estado orgullosa de sus manos, callos y heridas que nos procuraban un lugar seguro— golpeó repetidamente el rostro también cansado de mi madre. Sentí el calor en mis mejillas antes de que la mano llegara a su cara. Y las últimas lágrimas que he vertido resbalaron escociendo. Ardiendo por última vez.

Mi madre no se quejaba. Y como no me había visto, yo no sabía nada. Sin embargo no volví a besar a mi padre. Ni a dormir tranquila. Esperaba medio despierta a que llegara. Pero ya nunca iba a beber agua. Escuchaba desde la cama, y sólo me dormía

cuando él llevaba unos minutos roncando. Sus roncidos eran ahora mi canción de cuna.

Un día me di cuenta de que mis hermanas tampoco dormían. Escuchaban, como yo. Aquella noche hablamos mucho. Y lloraron, sobre todo Isabel. Yo no. Ni una sola lágrima. Ya no.

Otra noche se oyeron más golpes y gritos que de costumbre. Nosotras tres estábamos temblando, abrazadas en la cama de María. Pero nadie lloraba. Oímos golpes por el pasillo, y cerrarse de un portazo la puerta de la calle. Nos levantamos de un salto y corrimos las tres a la habitación de mis padres. Nada nos había preparado para aquello, ni lo haría.

Mi madre intentaba levantarse, pero casi no podía. Tenía golpes por todas partes, y entre las tres la llevamos al baño. Se metió en la ducha, y nosotras tres permanecemos de pie llenando el baño, sin hablar, sin mirarnos casi. María abrazó a mi madre con la toalla. Isabel comenzó a morderse los dedos. Aún lo hace. Yo no hice nada.

María empezó a desenredar el pelo a mi madre. Nosotras mirábamos el cepillo como hipnotizadas. Después María comenzó a dar órdenes, y en un minuto —no sé cómo conseguimos no chocarnos— teníamos todo preparado para curarla.

Me dio asco la crema para impedir los cardenales: él nos la había puesto tantas veces... claro que más la mercromina. Las manos de María se movían seguras como si siempre se hubiese hecho cargo. Mi madre era la niña bajo sus cuidados.

María nos dijo que fuéramos preparando café, y nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina. Hablamos de otros tiempos, de cuando éramos niñas. Esta vez nadie lloró. Al amanecer nos reíamos las cuatro de alguna vieja travesura.

La vida en casa se transformó. María, la única que salía con un chico, lo dejó. Mi padre iba perdiendo borracho uno a uno todos los empleos que conseguía sereno. Mi madre cada vez trabajaba más fuera de casa, y nosotras nos repartimos lo de dentro casi sin discusiones. Contra todo pronóstico nuestras notas mejoraron y nuestra relación también. Salíamos poco y pasábamos muchas tardes juntas, las tres haciendo los deberes o estudiando y luego las cuatro cenando y charlando, leyendo en voz alta o jugando incluso a las cartas o al parchís. La casa era nuestro espacio hasta que oíamos una llave intentando entrar en la cerradura. Para cuando conseguía abrir, o sonaban los timbrazos impertinentes, ya estábamos fuera de su alcance, haciéndonos las dormidas. A veces, sobre todo si tocaba paliza, nos levantábamos de nuevo en cuanto él roncaba. Curábamos a mi madre, y hablábamos mucho. Pero ni una sola palabra acerca de él.

Una noche en la cena mi madre nos dijo que había tomado una decisión pero que quería oír nuestra opinión al respecto: iba a pedir la separación judicial. Sólo le pedimos que nos avisara para acompañarla al juzgado. Y seguimos hablando de nuestras cosas.

Creíamos que aquello iba a ser el principio del fin. Sólo fue el principio de la peor pesadilla. La deman-

da de separación tenía que ser motivada. Además, ¿estaba mi madre segura de que no podían arreglarse? ¿... por las crías? Estaba claro que había que comenzar con las denuncias por malos tratos, así que cambiaron las costumbres. Después de cada paliza caminábamos juntas hasta la comisaría más cercana —mi madre quiso ir sola, pero no admitimos siquiera discutirlo—. Allí le preguntaban cada vez si estaba segura de querer denunciar y comenzaba la letanía: “cuéntenos lo ocurrido con detalle”, “¿qué había dicho usted?”, y así hasta preguntar directamente “¿qué hizo para provocarlo?”.

No era mejor cuando conseguíamos llegar frente al juez. En muchos casos era una repetición, con lenguaje jurídico —del que nos hicimos expertas— de la comisaría. En los mejores el juez admitía los malos tratos, tipificados como falta, pero dado que mi padre no tenía dinero no podía ni cobrarle la multa ni echarlo del único sitio en el que tenía un techo sobre su cabeza.

Mi madre suplicó, lloró, exigió. María y yo también, cuando nos dejaron hablar. El resultado era el mismo: podían darle la separación pero debían seguir conviviendo bajo el mismo techo mientras mi padre no tuviese unos ingresos regulares que le permitieran buscarse otro sitio donde vivir. Mi padre e ingresos regulares en la misma frase. Creo que me reí. Él se comprometió a seguir un programa de desintoxicación, y las demás a uno de apoyo para familias rotas por el alcohol. En todo el proceso no

se mentaron las violaciones: la abogada explicó a mi madre que la línea entre el “cumplimiento del débito conyugal” y la “violación perpetrada por el cónyuge en situación de error inevitable sobre su derecho” no merecía el esfuerzo de buscarse y no cambiaría la sentencia. Creo que mi madre agradeció que no fuese necesario recordar y repetir en público algo de lo que sólo había podido hablar con la abogada y la médica —nosotras sólo conocíamos una pequeña referencia.

Puede que mi padre lo intentara de verdad, no lo sé, pero la tregua no duró más de dos semanas. Sin embargo, como mi madre dormía con Isabel y su puerta estaba cerrada por dentro, ahora no se oían sus gritos y los golpes eran contra las puertas, los muebles y las paredes. Pasado un tiempo se cansaba y se iba a dormirla o, aún mejor, a seguirla.

No sé por qué hoy nos hemos quedado charlando un poco más que de costumbre. Puede que porque María hablaba entusiasmada de un amigo de un amigo. No sé por qué él ha vuelto tan pronto, aunque puede que fuera porque nos las habíamos arreglado para no dejarnos ver en más de una semana. En cualquier caso dos sucesos altamente improbables han tenido lugar a la vez.

Las voces de mi padre mejoraban cualquier recuerdo que hubiese intentado borrar. Empezó a golpear a mi madre y a nosotras según la cubríamos, primero con la mano abierta y luego a puñetazos. No sé cómo fue. No sé por qué lo hice. Me planté en

el medio de la cocina, y con una voz sorprendentemente clara y baja, tanto que conseguí que pararan los gritos de ellas, le dije: “Vete. Sal de esta casa”. Y luego, aún más bajo y más tranquila: “déjanos vivir. De una puñetera vez. En paz”. Él seguía gritando. No sé qué. Esquivé dos puñetazos. El tercero fue a parar al rostro de mi madre, que en ese momento no lo esperaba. Me acerqué al cajón. Lo abrí. Puedo jurar que no supe lo que buscaba hasta que lo noté en mi mano. Caliente, en contraste con mi frío. “Déjanos en paz”. No sé si vio el cuchillo. Me miró a mí. Y sentí su miedo. Después vio el cuchillo e intentó quitármelo. Él es más grande. Más fuerte. Pero seguíamos peleando. Y el cuchillo seguía en mi mano. No recuerdo cómo llegamos a la puerta de la calle, sin embargo sé que la abrí y repetí: “Vete. Sal de esta casa”. No le toqué, no le empujé, no sólo lo recuerdo yo, también mi madre y mis hermanas y media vecindad convocada por las voces en la escalera, él caminaba hacia atrás, mirándome como alucinado. “Vete. Sal de esta casa”.

Le vi rodar por la escalera, yo en el rellano con el cuchillo en la mano. Alguien llamó a la policía. Alguien le ayudó a levantarse. Mi madre y mis hermanas me rodearon. Llegó la policía con una ambulancia más necesaria para su borrachera que para sus heridas. Un médico forense certificó las suyas y las de mi madre. Yo seguía de pie, en medio de todo, con el cuchillo en la mano. El juez de guardia apareció con el terror en los ojos. “Creí que esta vez

venía a levantar un cadáver”. “Ha habido suerte”, dijo Fernández, un policía del que ya conocíamos el nombre, “pero yo no la tentaría otra vez”. Mi madre sólo preguntó al juez: “¿Tenemos que matarle o dejar que nos mate a alguna?”. El juez pidió a los de la ambulancia que lo llevaran a dormir al hospital, y que alguien le buscara sitio en un albergue o donde fuera, le daba igual lo que hicieran con tal de no tener que venir a levantar el cadáver de una chica o el de un padre muerto a manos de su hija adolescente.

Por fin he soltado el cuchillo. Estoy temblando de frío. Tengo las manos blancas de apretar tan fuerte.

PASIÓN DESDE MI VENTANA

La procesión por la calle de al lado.
La discusión en la terraza del bar.
Los que charlan en la plaza.
El esquizo que la ocupa.
Los cabrones montados en un ruido.
Los vecinos —de arriba, de enfrente, de al lado...

Una pareja.
Catorce, española, ella.
Diéciseis, magrebí, él.
Amigos; residentes del Montero*.
Abrazados en medio de la nada.
No nos ven, no nos oyen.
No podemos tocarlos.

La pasión al cabo de la calle.

*Centro de protección de menores.

EL MUERTO QUE SE PASÓ DE CURVA

—Buenas tardes. ¿Podría robarle un minuto?

El que así hablaba era un hombre aún joven, bien parecido, que vestía un traje azul marino algo arrugado. “Otro representante”, pensé mientras me acercaba al lugar que ocupaba del otro lado de la barra del bar, aunque echaba en falta la cartera que estos invariablemente llevan pegada.

—Buenas tardes. ¿Qué quería?

—Quería pedirle que me diese un café con leche y algo de comer.

—Para eso estamos.

—No me ha entendido bien. Yo quiero pedirle que me lo dé, porque a cambio no puedo darle más que mi historia. Bueno, si le interesa puedo limpiarle los cristales también.

Los que me conocen dicen que es fácil darme lástima, el traje de aquel hombre era de verano y el día bastante desapacible, y además soy más curiosa que el gato aquel, así que partí un generoso trozo de la

tortilla de patatas que acababa de hacer y, mientras preparaba el café, añadí —por mi cuenta también— un buen vaso de Ribera.

Atendí y cobré a un par de clientes mientras él, que me había dado las gracias varias veces, comía con apetito y deleite. Le acerqué el café y añadí azúcar al mío.

—Ha llegado la hora de pagar. Los cristales están bien así, pero quiero oír su historia —Y le ofrecí un cigarrillo antes de encenderme otro. Él lo aceptó dándome de nuevo las gracias e inhalando una primera calada de moroso reencuentro antes de empezar a hablar.

—Soy el autoestopista aparecido de la CL-678, km. 33,5. Lamento no poder darle más datos de mi filiación porque una de las grandes ventajas del otro lado es que uno no conserva el más mínimo recuerdo de quién era en este lado, ni de sus ocupaciones o sus querencias, ni los echa de menos. Es una gran ventaja porque así se garantiza que del otro lado no exista nostalgia ni ninguna clase de preocupación. Lo malo es que eso deja indefensos a los que como yo volvemos, porque no sabemos quiénes fuimos.

¡Un aparecido! Yo no sabía muy bien de qué hablaba, y puede que simplemente estuviese como un cencerro, pero aventuré una posibilidad.

—Si se acerca usted a un hospital o a la comisaría le tomarán las huellas y en un periquete le dirán quién es y de dónde.

—Ya se me había ocurrido, pero... imagínese que

puedan. No sé cuánto tiempo he pasado del otro lado, ni sé quién quedó aquí. Primero el dolor, ahora el susto, incluso he pensado que alguien habrá cobrado la indemnización del seguro, puede que hasta una pensión, y sufriría por mi vuelta una denuncia por fraude. No puedo hacerlo, aunque no los recuerde seguro que los quería.

—Espere un momento —le dije, en parte por pudor y en parte porque algunos clientes esperaban. A partir de mi vuelta me contó su historia, sólo interrumpida por los parroquianos a los que había que atender. En uno de aquellos cortes, supongo que cuando consideró que ya había terminado, al entrar yo en la cocina a buscar algo, se fue y no lo he vuelto a ver.

Contaré su historia como la recuerdo:

Su trabajo era simple y agradable.

Se trataba de hacer autostop un poco antes de su curva, aquella de la que se salió una noche cuando por venir cansado y un poco adormilado, no redujo la velocidad lo necesario. Algo de culpa tuvo también el hecho de que hubiesen olvidado señalar la curva, pero ya no podía firmar la denuncia. Tras varias vueltas de campana se sorprendió de sentirse bien, salió del coche y lo vio arder pensando que de buena se había librado.

Pronto descubrió asustado que estaba dentro. Se veía allí, con la cabeza ensangrentada apoyada en la

ventanilla, aunque se sabía fuera. No hicieron falta muchas explicaciones, él siempre había sido un tipo resuelto acostumbrado a hacerse cargo de las situaciones.

Le gustó tener una misión, pero si cumplía estrictamente con su deber casi no le daba tiempo de conocer a quienes lo recogían porque tenía que avisarlos del peligro de la curva, así que fue improvisando. Cada vez se colocaba un poco más lejos, y así podían hablar un rato. Le gustaba saber de ellos, con los datos que recogía les imaginaba vidas de antes y después del encuentro, y llevaba una cuasiestadística sobre qué preocupaba a los conductores de comarcal, al menos a los de la CL-678 km. 33,5.

Aquella noche estaba refrescando deprisa. Se acercó un coche. Conducía una chica. Casi nunca le recogían mujeres solas. Ella paró y le instó a subir rápido. Comentó que sentía frío, debió haber elegido otra ropa, el conjunto de seda con manga larga y falda-pantalón hubiera resultado más adecuado.

A él le gustó su error. ¡Cómo no iba a gustarle! Estaba preciosa con su cabello suelto y aquel vestido de flores de generoso escote que dejaba ver parte de sus pechos y el espacio entre ambos, y cuya falda, acortada al estar sentada, le mostraba el principio de unos muslos firmes que acompañaban a la perfección a sus bellas piernas. Al fin y al cabo, él no había dejado de ser un hombre, o casi.

Le gustó además que hablase con él todo el tiempo, aunque le costó meter su aviso sobre la curva, la peligrosa curva después de la cual él tenía que desaparecer.

Si ella se hubiese puesto el conjunto de seda, con camiseta amplia de escote barco y falda-pantalón, en lugar del vestido de escote en pico con el que se veía el principio de la canal de su pecho y que dejaba al aire parte de sus muslos al sentarse, esta pobre alma en pena quizá seguiría en su lado, y no sería un muerto viviente en este.

Seguía allí. ¿Qué había pasado? Empezaba a sentirse caliente, como si volviese a tener sangre en sus venas. ¿Qué iba a hacer? No podía apartar sus ojos de ella; le iban de la sonrisa franca al escote moreno, llegando hasta allí donde la niña del de la jota tiene un reloj, bajando por su pecho hasta sus piernas, esos muslos firmes donde también él quería dejar sus manos. Mientras, se palpó los bolsillos de la americana buscando su cartera, en un viejo gesto, hasta que recordó que él ya no era nadie en este lado.

Le pidió que diese la vuelta, aturdido y farfullando algo sobre una bolsa olvidada en el lugar donde lo había recogido. Cuando volviesen a pasar por la curva todo sería como debía haber sido, como había sido siempre. Algún fallo tonto acababa de impedirlo pero no iba a suceder otra vez.

Temblando como una hoja, repitió su parte de lo de la curva cuando ella la encaró despacio. ¡Estaban del otro lado!

Pálido ahora sí como un cadáver, bajó del coche cuando ella paró, repasando mentalmente la escena. Había hecho todo como siempre. ¿Y qué hacía él allí entonces? Se agachó como si recogiera algo y volvió al coche, repitiéndose que esta vez funcionaría, que al no ocurrir en la ida no había pasado en la vuelta y que eso era normal.

Entró, se abrochó el cinturón e intentó mirar al frente mientras daba las gracias, pero ella comentó: “El que no tiene cabeza tiene que tener pies, o ruedas en este caso”, y se rió. Y él tuvo que mirarla, que desear sus labios frescos y volver a deslizar la mirada...

El coche avanzaba y él recitaba lo de la curva como una salmodia, un poco trabucada su lengua, hasta que la pasaron mientras la conductora comentaba riendo “hay que ver lo suyo con la curva, ni que le hubieran contratado de señal de voz”.

Y él seguía allí en el asiento del copiloto. Colgado de la canal de su pecho y del principio de sus muslos.

Entonces se dio cuenta de que la vida había vuelto a ser más fuerte que la muerte, y que él era sólo el pago de la apuesta. Lo supo. Y decidió que iba a tener mucho de qué preocuparse ahora que tenía tiempo, así que lo dejaría para cuando llegase el final del viaje.

Ahora que estaba de nuevo entre los vivos quería disfrutar de las viejas cosas que no se olvidan, como la pequeña excitación que comenzaba a sentir al mirar aquel escote y aquellas piernas.

INTERCAMBIO DE REHENES

Habían quedado para un intercambio de rehenes.
Iban a devolverse los rosarios de sus madres y a marcharse cada cuál por su lado.
Pero cometieron el error de no quedar en un puente.

Por la mañana, abrazados el uno al otro sin hablar y sin mirarse, descubrieron que no todos los rosarios podían devolverse.

Y se dijeron *de nuevo* adiós para siempre con un beso después del desayuno.